

poso: probablemente nos dará lugar: nunca que viene de fuera deja de dirigirse primero á la cámara del rey para informarle de su llegada. Jamás me parecerá bastante todo el cuidado que puedo tener en engalanarme y aparecer á sus ojos armada de las únicas ventajas que nuestro sexo nos concede. Este mismo cuidado le probará el aprecio que hago de su amor: acaso vuelva en sí algún día avergonzado de su conducta, y acaso no se frustren estas esperanzas que ahora te parecen infundadas.

Llegaron dos doncellas que en el menor espacio de tiempo posible recogieron sus hermosos cabellos sobre su frente y los prendieron con una rica diadema de esmeraldas; sustituyendo asimismo al sencillo vestido que la cubría otro lujosamente recamado de plata.

—Llegad, Guiomar,—dijo á una de sus sirvientes doña María de Albornoz,—llegad hasta el alabardero de la cámara del rey y ved de inquirir si es efectivamente don Enrique de Villena el caballero que acaba de entrar en el alcázar, como tengo sobrados motivos para sospecharlo.

Inclinó Guiomar la cabeza y salió á obedecer la orden que se le acababa de dar.

—¿Puedes comprender, Elvira, la causa que me vuelve á mi esposo un día antes de lo que esperaba? ¿Acaso habrá amenazado su vida algún riesgo inesperado?

—No lo temas, señora. En el día y en este punto de Castilla ningún miedo puede inspirarnos ni el moro granadino, ni el portugués: y por parte de los demás grandes, don Enrique está bien en la actualidad con todos. Acaso el rey le habrá enviado á buscar; algún asunto de estado podrá reclamar su presencia.

—Dices bien: me ocurre que la llegada del caballero que á todo correr entró esta mañana en el alcázar, pudiera tener algo de común con esta sorpresa...

—¿Qué motivos tienes, señora, para presumir?...

—Motivos... ningunos... pero mi corazón me engaña rara vez; y aun si he de creer á sus pensamientos, nada bueno me anuncia este suceso.

—¿Pero sabes, señora, quién fuese el caballero?

—Hanme dicho sólo que venía con un su escudero de Calatrava.

—¿De Calatrava? ¿y no sabes más?...

—Dicen que es un caballero que viene todo de negro...

—¿De negro?

—Quien me ha dado estos detalles ha dicho que no sabía más del particular; pero pareceme, Elvira, que te ha suspendido esta escasa noticia que apenas basta para fijar mis ideas: ¿conoces algún caballero de esas señas?...

—No, señora... son tan pocas las que me das...

—Estás, sin embargo, inmutada...

—Guiomar está aquí ya,—interrumpió Elvira, como aprovechando esta ocasión que la libraba de tener que dar una explicación acerca de este reparo de la condesa...—ella nos dará cuenta de...

—Guiomar,—dijo levantándose doña María de Albornoz al ver entrar á su mensajera de vuelta de su comisión,—Guiomar, ¿es mi esposo quien ha llegado?

—Sí, señora, es don Enrique de Villena.

—Elvira, nuestros esposos.

—No, señora, viene sólo con su juglar y con el escudero del caballero del negro penacho, que llegó esta mañana al alcázar.

—Mi corazón me decía que tenía algo de común un suceso con el otro... ¿Y por qué tarda en llegar á los brazos de su esposa, Guiomar?

—Señora, no puedo satisfacer á tu pregunta: ni yo he visto á tu señor, ni le han visto en la cámara del rey todavía.

—¿No?

—Parece que se ha dirigido en cuanto ha llegado á preguntar por la habitación del caballero recién venido de Calatrava.

—¿Qué confusión en mis ideas! Despejad vosotras: siento pasos de hombres: ellos son: Elvira, permanece tú sola á mi lado.

Oíanse, efectivamente, las pisadas aceleradas de varias personas, y se podía inferir que trataban andando cosas de más que de mediana importancia, porque se paraban de trecho en trecho; volvían á andar y volvían á pararse, hasta que se les oyó en el dintel mismo del gran salón. Las dueñas y doncellas salieron á la indicación de su ama, y sólo la impaciente doña María y su distraída camarera quedaron dentro, con los ojos clavados en la puerta que debía abrirse muy pronto para dar entrada al esperado esposo.

—Podéis retiraros,—dijo al entrar don Enrique de Villena á dos personas de tres que le acompañaban, y saludándose unos á otros cortésmente, el conde con su juglar se presentó dentro del salón á la vista de su consorte anhelante.

—Esposo mío,—exclamó doña María, previ-

niendo las frías caricias de su severo esposo: —¿tú en mis brazos tan presto?

—¿Os pesa, doña María?—contestó con risa sardónica el desagradecido caballero.

—¡Pesarme á mí de tu venida! yo que no deseo otra dicha sino tu presencia y que sólo para tí existo.

—Y que sólo para tí me engalano, pudierais añadir, hoy que os encuentro tan prendida sabiendo que estoy en el monte.

—Y si sólo tu venida...

—Me es indiferente, señora...

—Indiferente... ¡ah!... venís á insultar como de costumbre á mi dolor y á mi...

—Acabad...

—Sí, acabaré... á mi necesidad...

—Basta; no estamos solos, señora...

—¡Elvira!—dijo la de Albornoz, echando sobre su camarera una mirada de dolor.

—Te entiendo, señora... te esperaré en tu cámara.

Salió doña Elvira del salón por una puerta que daba á otra pieza inmediata, con rostro decaído, ora procediendo su abatimiento de la prolongación imprevista de la ausencia de su esposo, ó, lo que es más creíble, de la esperanza chasqueada que de ver entrar al caballero de Calatrava había alimentado inútilmente.

—Ferrus, vos también podéis iros,—dijo don Enrique á su juglar:—esperadme en mi cámara, però haced retirar á todo el mundo: que se acuesten mis donceles y mis pajes: vos solo podéis quedaros... tenemos que tratar materias en que no habemos menester testigos.

—Serás obedecido,—dijo el juglar, y salió dejando á la de Albornoz retorciendo sus manos en medio de su desesperación, y con los ojos clavados en el conde con cierto asombro, nada de extrañar en quien estaba como ella muy poco acostumbrada á tener con su esposo escenas solitarias, como la que al parecer de intento la preparaba.

—Ya estamos solos,—exclamó don Enrique levantándose.—Extrañaréis este paso sin duda, la de Albornoz...—Al llegar aquí calló como si no estuviera muy resuelto todavía á decir lo que traía pensado, y empezó á pasearse á lo largo con pasos tendidos y acelerados...

—Perdonadme si no os he respondido más pronto,—contestó su esposa después de una ligera pausa;—creí que ibais á seguir hablando. ¿Deberé alegrarme de esta inesperada entrevista? ¿Por fin, vuestro corazón, don Enrique, se ha rendido á mi amor? ¿Habéis pensado ya

decididamente volver la paz al pecho de vuestra esposa y cortar de raíz las rencillas que han amargado hasta ahora nuestra desdichada unión?

—¿Desdichada? maldecida, debierais decir,—murmuró entre dientes el conde, paseándose siempre sin volver los ojos una sola vez á mirar á su afligida mitad.

—Si tal es vuestro intento,—continuó sin oírle la de Albornoz,—¿qué tardáis en venir á los brazos de la mujer que más os ama y que no ha amado nunca sino á vos?... Desechad esa dura indiferencia... Si algún rubor de vuestra pasada frialdad os impide darme ese contento, yo os lo perdono todo.

—Perdón...—gritó fuera de sí el conde al oír esta palabra que le sacó de su letargo...—Perdón... vos á mí... ¿Y sabéis antes si os perdono yo á vos?

—¡Santo cielo! ¡qué palabras! ¿pues en qué pude yo ser culpable jamás? ¿En amaros demasiado, en sufriros?... ¡Ah! perdonad, pero soy vuestra esposa y tengo derecho á vuestro amor, ó por lo menos á vuestra consideración.

—No se trata ya de amor.

—¿Se ha tratado con vos alguna vez?

—Lo ignoro; sólo sé que ha llegado el caso de un rompimiento completo.

—¿Un rompimiento? ¡Desgraciada María!... ¿Y qué causa podréis alegar para tan indigna conducta?

—¡María!—gritó don Enrique.

—Sí, sacad el puñal todo: no os contentéis con apretarle en vuestra mano; aquí tenéis el corazón criminal que os ha querido bien, acabad de una vez con el único estorbo de vuestros intentos... De otra manera, don Enrique, jamás conseguiréis esa separación; yo quiero antes saber el motivo que os conduce á...

—Ya lo podéis haber conocido; el estudio que ocupa todas las horas de mi vida me impide que me entregue como debiera á la contemplación de una belleza terrenal... los hondos arcanos de las ciencias, el objeto importante de mis tareas misteriosas...

—¿Vos pretendéis embaucar como al vulgo de las gentes á vuestra misma esposa?... ¡Delirios!

—Bien, señora, pues que no os satisface esa respuesta, os diré secamente: *mi voluntad*.

—Para ese divorcio que pretendéis, necesitáis de la mía.

—Y esa es precisamente la que vengo á pedir...

—¿Yo dar mi consentimiento?

—Vos... sí.

—Jamás.

—¡María! ¿conoces mi furor? Tú me le darás...

—¡Ah! vos ocultáis mal vuestra perfidia: vos amáis á otra: no, no puede tener otro origen ese extraño interés que manifestáis.

—¿A otra mujer?—interrumpió rojo de cólera don Enrique.—Cuando don Enrique de Ville-na pueda volver al estado de la estupidez y de la ignorancia de un ente que nace al mundo, entonces amaré á una mujer...

—¡Mentís, don Enrique!...

—¿Mentís, María, habéis dicho? ¿Mentís?

—Nada temo ya; mentís como fementido caballero: yo os he visto más de una vez, yo os he visto profanar con miradas de iniquidad la faz más pura acaso y celestial que existe sobre la tierra: yo he leído en vuestros ojos el pecado: no me lo ocultaréis...

—¡Silencio!

—Los ojos de una mujer que quiere ven más de lo que pensáis los hombres insensatos é ignorantes en medio de vuestra sabiduría...

—¡Silencio, repito!—dijo con voz ronca don Enrique:—oíd; quiero conceder vuestras gratuitas suposiciones: ¿pretendéis, imagináis vencer mi repugnancia á fuerza de amor? Si tanto sabéis, no podéis ignorar que vuestra solicitud sería inútil...

—Lo sé; dad gracias, don Enrique, á que no de ahora lo sé, y á que he llorado muchas lágrimas que han desahogado mi corazón; que de no, con mis propias manos yo os hiciera pagar...

—Teneos, María; y acabemos... Si lo sabéis, y si ya de mucho tiempo habéis consentido en ello, de nada servirá vuestra tenacidad: dadme vuestro consentimiento y retiráos á un monasterio. Los estados de Salmerón, Alcocea y Valdeolivas que me trajisteis al matrimonio, pagarán espléndidamente vuestra dote.

—Nunca: lo sé, y sé que todos mis esfuerzos serán inútiles; cederé, sí, cederé á la fuerza de los sucesos; empero nunca pondré yo misma la primera piedra para el edificio de mi deshonra. Haced, don Enrique, lo que gustéis; pero puesto que queréis guerra, guerra os juró de muerte...

—María, es en vano: desprecio tus baladronadas: mira este pergamino: tu firma hace falta al pie...

—Dejadme... Soltad...

—No os iréis sin firmarle.

—¿Cuál es su contenido?

—Una demanda de divorcio que pedís vos misma...

—¿Yo? Soltad.

—No;—exclamó don Enrique deteniéndola con una mano, mientras la enseñaba el pergamino extendido sobre la mesa con la otra, en que relucía su agudo puñal.

—¡Nunca! ¡Socorro! ¡Elvira! ¡Elvira!—gritó la desesperada condesa huyendo hacia la cámara.

—Callad, ó sois muerta,—interrumpió con voz reconcentrada el conde, fuera de sí, arrojándose delante de ella para impedirle la salida:—callad, ó temblad este puñal.

Pero ya era tarde: la condesa había llegado al colmo de su indignación, que estallaba en aquella coyuntura con tanta más fuerza cuanto mayor tiempo había estado comprimida en el fondo de su corazón. En vano procuraba tapanla la boca su iracundo esposo imponiéndole repetidas veces la mano sobre los labios: no bien la separaba, sonidos inarticulados se escapaban del pecho de la condesa y resonaban por los ámbitos del salón: en balde trataba el conde de sujetarla á sus plantas, la condesa, de rodillas conforme había caído al querer huir, hacía inconcebibles esfuerzos por desasirse de aquellos lazos crueles que la detenían.

—¿No firmaréis?—repitió cuando la tuvo más sujeta don Enrique:—¿no firmaréis?

En este momento se oyó una puerta que, girando sobre goznes ruidosos, iba á dar entrada en el salón á Elvira, que asustada acudía á las voces de su señora.

—Sí,—gritó levantándose la de Albornoz animada con el ruido de la puerta, que hacía perder asimismo su posición opresora al conde:—sí, firmaré, firmaré;—y añadiendo *pero de esta manera*, y precipitándose sobre el pergamino, lo arrojó al fuego inmediato, sin que pudiera evitarlo don Enrique estupefacto, á quien había quitado la acción la inesperada vista de Elvira.

—¿Qué tenéis, señora, que dais tantos gritos?—preguntó azorada Elvira, echando una mirada exploradora de desconfianza hacia el conde, que con los brazos cruzados, pero sin pensar en esconder el puñal, parecía su propia estatua enclavada en medio de su casa.

Arrojóse la condesa en brazos de Elvira sin tener aliento sino para exhalar tristísimos ayes y profundos suspiros, y regar con abundantes y ardientes lágrimas el pecho de su

camarera, donde ocultó su rostro avergonzado.

Volvió el conde al mismo tiempo las espaldas, sonriéndose con cierta expresión sardónica de desprecio y de indignación, y sin proferir una sola palabra que pudiese dar á Elvira la clave de lo que entre sus señores había pasado, anduvo varios pasos, escondió su puñal en la vaina, y al llegar á la pared apretó con su dedo un resorte oculto en la tapicería, el cual cedió y manifestó una puerta de la altura y ancho de

una persona, secretamente practicada en aquella parte. Por ella desapareció como un espectro que se hunde en una pared ó que se borra y desvanece al mirarle detenidamente; que no otra cosa hubiera parecido el conde al espectador que le hubiera mirado estando ignorante de la salida misteriosa, la cual no dejó después de su desaparición la menor señal de fractura, raya ó llave, por donde pudiese conocerse que no era obra de magia ó de encantamiento.

